

extendida á través de toda la isla con objeto de cazar á todos los indígenas en un fondo de saco, en la península de Tasmania; pero fracasó este plan porque los indígenas amordazaron sus perros y consiguieron romper las líneas en una noche oscura. No debe esto extrañar teniendo en cuenta lo extraordinario de sus sentidos y los ingeniosos medios que emplean para sorprender á los animales silvestres.

Me han asegurado que pueden ocultarse en un terreno casi descubierto, cosa difícil de creer no viéndola; pero que sucede porque su cuerpo negro se confunde con las raíces ennegrecidas de los árboles que hay en todo el país. A este propósito me han contado una apuesta que hicieron unos ingleses con un indígena: había de colocarse este de pie y muy á la vista en la falda de una colina pelada, y apostaba á que si los ingleses cerraban los ojos durante menos de un minuto se escondería, sin que pudieran encontrarle, en el suelo; y ganó la apuesta. Comprendiendo los indígenas la clase de guerra que se les hacía, concibieron la más viva inquietud por conocer muy bien el poderío de los blancos, y entonces trece de ellos, pertenecientes á dos tribus, se rindieron reconociendo su impotencia. Por último, gracias á las intrépidas marchas de Mr. Robinson, hombre lleno de actividad y de benevolencia, que no temía visitar á los indígenas más hostiles, se rindieron todos. Entonces se los llevó á una isla, donde se les proporcionaban alimentos y ropas. El conde de Strzelecki afirma que en la época de su deportación, en 1835, quedaban todavía 210 indígenas; en 1842 no había ya más que 54. De modo que, mientras las familias del interior de la Nueva-Gales del Sur, indígenas preservados del contacto con los blancos, tienen hijos en gran número, los indígenas

transportados á la isla Flinders, no han tenido más que ¡14 hijos en ocho años!

Debiendo permanecer el *Beagle* diez días en Hobart Town, aprovecho la estancia para hacer varias excursiones interesantes por los alrededores, con el principal objeto de estudiar la conformación geológica de la isla. Desde el primer momento me llama la atención un punto, y es: unas capas que contienen muchos fósiles pertenecientes al período devónico ó carbonífero; encuentro la prueba de un pequeño levantamiento de época reciente, y descubro, por último, una capa aislada y superficial de creta amarillenta ó travertino que conserva numerosas impresiones de hojas de árboles y conchas terrestres que no existen hoy. Es muy probable que esta pequeña cantera sea todo lo que quede de la vegetación de la Tierra de Van-Diemen en remotas épocas.

El clima es más húmedo que el de Nueva-Gales del Sur, y por lo tanto, más fértil el suelo. La agricultura está muy floreciente, los campos labrados tienen hermoso aspecto y las huertas están llenas de legumbres y árboles frutales. He visto algunas quintas encantadoras en puntos muy distantes. El aspecto general de la vegetación se parece al de la de Australia, aunque con un verde algo más alegre los árboles y más abundantes los pastos. Un día voy á dar un paseo largo por el lado de la bahía opuesto al en que se halla la población, y cruzo la bahía en un vaporcito cuyas máquinas se han construido por completo en la colonia. ¡Y apenas hace tres años que se han establecido aquí los ingleses! Otro día subo al monte Wellington en compañía de algunos oficiales; tuvimos que tomar un guía porque el monte es muy espeso y nos hubiésemos perdido si hubiésemos ido solos. Por desgracia,

nuestro guía es un simplón que nos hace tomar por la vertiente meridional del monte, que es la más húmeda y en la que más viva está la vegetación, y, por lo tanto, donde mayor es la dificultad para subir por los troncos podridos que hay en tan crecido número casi como en la Tierra del Fuego ó en Chiloé. Necesitamos cinco horas y media de verdadero trabajo para llegar á la cumbre. En muchos puntos adquieren los eucaliptus extraordinario grosor y forman espesa selva. En algunas cañadas húmedas hay magníficos helechos arborescentes: uno he visto de 20 pies lo menos de altura y 6 de grueso; las ramas forman elegantes sombrillas que producen sombra tan densa que puede compararse al crepúsculo. La cima del monte, ancha y plana, está formada de grandes masas angulares de gres, y está á 3.100 pies sobre el nivel del mar. Está el tiempo magnífico y la vista es muy hermosa: por el Norte se presenta el país bajo la forma de una masa de montañas pobladas de árboles, de altura semejante á la en que nos encontramos y de igual configuración; por el Sur está el terreno dividido en bahías numerosas. Permanecemos algunas horas en lo alto del monte y volvemos á bajar por un camino más fácil, pero son más de las ocho de la noche cuando llegamos al *Beagle*.

7 de Febrero.—Sale el *Beagle* de Tasmania y llegamos al estrecho del Rey Jorge, situado al Sudoeste de Australia. Permanecemos allí ocho días, que son los más desagradables de todo nuestro viaje. Visto el país desde la cima de un montecillo no es más que un llano inmenso poblado de árboles entre los que se alzan dispersos algunos cerros pelados de granito. Un día damos un paseo bastante largo con la esperanza de cazar algunos kanguros. Por todas partes es arenoso y es-

téril el terreno y no produce más que malezas, gramineas bastas ó árboles raquíticos; parecía estar en la meseta de gres de los Montes Azules; encuéntrase, sin embargo, en abundancia, el *Casuarina*, árbol que se parece algo al pino escocés; el *eucaliptus* es más raro. En las partes abiertas se ven muchas gramineas arborescentes, plantas algo semejantes á las palmeras, pero que en lugar de estar coronadas por hermosas hojas, llevan en lo alto de su tallo una espesa mata de filamentos tosquísimos. Visto á distancia el hermoso color verde de aquellos matorrales, parece indicar una gran fertilidad; pero basta un ligero paseo para disipar esta ilusión.

Acompaño al capitán Fitz-Roy al cabo Bald Head, de que tanto han hablado los navegantes; unos, imaginando ver allí corales, otros, árboles petrificados en la posición en que crecieron. En mi concepto han formado las capas el viento, que ha levantado partículas de arena sumamente finas, compuestas de detritus de conchas y de corales, y esta arena se ha acumulado en las ramas y en las raíces de los árboles, del mismo modo que sobre muchas conchas terrestres. Entonces han consolidado toda esta masa infiltraciones calcáreas, y las cavidades cilíndricas que han quedado vacías por la putrefacción de la madera se han llenado de una especie de las estalactitas. Destruídas por el tiempo las partes blandas, y cambiadas hoy las raíces y las ramas en piedras duras, se elevan sobre la superficie del suelo, presentando el aspecto de un bosque de piedra.

Mientras que nos hallamos en el estrecho del Rey Jorge viene á visitarnos una tribu numerosa de indígenas llamada de los *Cockatoos blancos*; lo mismo á estos indígenas que á sus vecinos les obsequiamos con

algunos paquetes de arroz y de azúcar y les pedimos que nos den el espectáculo de un *corrobory* ó gran baile. Al anoecer encienden pequeñas hogueras y empiezan los hombres á hacer su tocado, que consiste en cubrirse el cuerpo de líneas y puntos blancos. Una vez dispuestos, avivan los fuegos, alrededor de los cuales se sientan las mujeres y los niños para presenciar el espectáculo. Las dos tribus forman dos partidos distintos que suelen bailar uno frente al otro. Consiste la danza en correr de lado ó en marchar en fila india marcando el paso con cuidado; para esto golpean el suelo con el talón, lanzando una especie de ronquido y chocan entre sí su maza y su lanza; no hay para qué decir que hacen otros mil gestos extraordinarios, extienden los brazos y sacuden el cuerpo de todas las maneras posibles. Es, en suma, un espectáculo grosero y bárbaro y que no tiene para nosotros significación de ningún género; pero observamos que las mujeres y los niños lo presencian con el mayor gusto. Probablemente en su principio representarían estos bailes actos bien definidos, tales como guerras y victorias. Hay uno que se llama *la danza del emeu* durante la cual todos los hombres extienden un brazo imitando la forma del cuello de este pájaro; en otro imita un hombre los movimientos del kanguro y se le acerca otro imitando darle una lanzada.

Cuando las dos tribus bailan juntas resuena el suelo bajo sus pies, y se estremece el aire con sus gritos salvajes. Estando todos muy animados, casi desnudos, y vistos al resplandor de las hogueras agitándose con odiosa regularidad, representan por completo el espectáculo de una fiesta entre los salvajes más infimos. En la Tierra del Fuego habíamos visto escenas curiosas de la vida, pero ninguna creo tan animada, y en

que los actores pareciesen más satisfechos. Cuando acabó el baile toda la tribu se puso en cuclillas en el suelo formando círculo, y se les repartió arroz con azúcar, entre verdaderos aullidos de alegría.

Después de varios retrasos, penosos por causa del mal tiempo, nos damos á la vela, por fin, el 14 de Marzo; dejamos el estrecho del Rey Jorge para dirigirnos á la isla Keeling. ¡Adiós Australia! Todavía no eres más que una niña, pero indudablemente reinarás un día en el hemisferio meridional; eres demasiado grande y demasiado ambiciosa para que se te pueda querer, pero no eres todavía lo bastante poderosa para que se te respete. Te dejo, pues, sin pena y sin arrepentimiento.